# FLAMENCO KILLER

JMS Guitián

Siempre empezaba igual; el rasgar de las cuerdas tensas, con un movimiento de los dedos de la mano en forma de abanico cerrándose sobre la guitarra, de la más grave a la más aguda: mi, si, sol, re, la, mi... Cuando la uñas y las yemas de los dedos se alternan para conseguir la cadencia, el ritmo inconfundible que sale de la caja de madera en forma de ocho cuando reposa firme, y del infinito saca sonidos apoyada en la rodilla izquierda; luego, los dedos de la mano opuesta que empujan las cuerdas sobre los trastes del diapasón para darle carácter a las notas.

Ahí estaba mi padre que había afinado, dejando caer la cabeza cerca del mástil para que la oreja estuviera más cerca de los sonidos, mientras sus dedos corrían y apretaban tensamente las cuerdas sobre las seis clavijas.

Siempre empezaba igual, despertando a los hilos tensos, enérgicos, de su letargo; rasgando la oscuridad donde reposa el flamenco, en silencio, hasta que abre los ojos. Si lo has escuchado una sola vez en tu vida lo recordarás hasta la muerte.

El que toca el instrumento de cuerda es mi padre, Macareno Ramos Losantos, alias El Alcaparras, alias The Capers, guitarrista de flamenco, cincuenta y nueve

años, nacido en Cádiz en el barrio de La Viña, donde las macetas con geranios cuelgan sobre las calles estrechas y huele a mar. Ahora, ahí sentado en una silla de rejilla, con su guitarra afinada y rasgando las cuerdas al ritmo del *tiriti tran tran*, un gaditano que se trasladó a Los Ángeles, a América, la ciudad de los sueños, por obra y gracia de un coronel del Ejército americano de la base de Rota enamorado del flamenco, Maison Jordan. En palabras de mi padre: «*El gachí coronel, un armario de dos puertas y asín de negro como el carbón, y con mucho arte el hijo de puta, que daba palmas mejor que Marifé de Triana*». Que cuando él, mi padre, dice «hijo de puta» lo dice con admiración y no es un insulto; cariñoso tampoco es, pero se lo dice a sus amigos. Este, el coronel Maison, le ofreció a mi padre –que entonces tenía veinte años y era un poco *acarajotao*–, digo, irse a tocar la guitarra al pub de un amigo suyo junto al Pier de Santa Mónica, The Bagpipe. El joven gaditano se hizo el pasaporte y se fue de su Tacita de Plata para no volver más. Se instaló en un apartamento compartido con otros dos músicos que tocaban jazz y aprendió unas frases en inglés para poder ligar con las yanquis. Recordaba que cuando acentuaba con fuerza las letras jotas, como *Jólibud*, o *¿jauaryú*?, esto les hacía mucha gracia a las chicas californianas.

En aquellos días conoció a la que sería su primera esposa, Melinda Hilton, que no tenía nada que ver con los dueños de la cadena de hoteles de dicho nombre. El matrimonio duró apenas un año. Las diferencias culturales entre ambos fueron insalvables; un joven gui-

tarrista acostumbrado al griterío de la calle, con pocas ganas de dormir de noche, que se alimentaba de tapas, enjuto que estaba el hombre y un poco *eslomao*, en un estado de cazador perpetuo, pegando tiros con las gringas que se ponían en su camino; siempre había una que quería cerveza después del espectáculo de baile, guitarra y palmas. Y del otro lado, su esposa, Melinda Hilton, una joven ambiciosa y siesa, estudiante de Berkeley, que es como decir aquí fumadora de marihuana, y que aspiraba humo y a cambiar el mundo de los años setenta con manifestaciones antinucleares y el consumo de alimentos orgánicos. Mi padre, claro, no entendía nada de energía *nucleá*, y toda la fruta a él le parecía fruta *naturá*. Acabó todo descuajeringado. Mi padre no quería cambiar nada, ni de guitarra quería, que tiene la misma que cuando llegó a LAX, que es así como llaman aquí al aeropuerto, que en la sabiduría de mi padre: «*Con la X esa, más que tomar un vuelo parece que vas a ver una peli porno*».

Se casó por segunda y última vez con mi madre, Tarissa Olomo, la mujer más guapa del mundo me decía cuando me arropaba por las noches antes de irse al tablao: «*Con tu mare no hacía falta la luz del sol; cuando se levantaba por la mañana to se iluminaba y por las noches, cuando entraba ella en una habitasió, apagábamos las lámparas para no gastar. La más guapa del mundo era tu mare, la mare que te parió*».

Una mezcla de colores aceituna en la piel y ojos saltones de un verde intenso y brillante, que podía ser del mismísimo Puerto de Santa María, que murió en un ac-

cidente cuando yo tenía cinco años. Yo estaba con ella ese día, apenas recuerdo nada; las cosas malas tiendo a olvidarlas. La atropellaron en el cruce de Wilshire con la Tercera; ella, tan certera en la distancia larga, no vio venir un coche que se dio a la fuga, y yo me quedé allí en la acera, contemplándola tendida en el asfalto mientras se apagaba entre espasmos y convulsiones. Ella era una francotiradora de élite del Army, una *sniper* que acertaba a un botón de una camisa de cuadros de un hípster con ukelele a quinientos metros de distancia de un solo tiro. Conservo fotos en la que está ella de niña; dicen que me parezco. Mi padre la llamaba «*mi gitana con puntería*» y ella se reía mucho. La recuerdo en otra de las fotos que conservo, en la que está con mi abuelo Marcus Olomo y mi abuela Lisa Olomo, una irlandesa pelirroja y blanca como la leche, Lisa O´Railly de soltera, que pasó de una O a otra O más negra y llena de amor. Mis abuelos maternos fueron uno de los primeros matrimonios interraciales de la costa oeste.

Mi padre, con sus recuerdos, me contaba que le cantaba a mi madre: «*Tarissa de la O, que desgraciaita gitana tú eres teniéndolo to. Te quieres reír y hasta los ojitos los tienes morados de tanto sufrir*», y ella, que no entendía ni jota de lo que él decía, le preguntaba: «*Macareno, what does desgraciaita mean?*»; «*Misfortune, mi reina mora, misfortune*», que mi padre estaba muy colao, de verdad de la buena, con su mujer, con mi madre.

Tengo una foto en la pared de mi cuarto; ella, con su uniforme azul de la armada, sus bordados en rojo y los galones de sargento y la bandera con sus barras rojas

pas, y ella sonríe al verlo; es el cebo. Él dice algo y ella contesta con cara de desconcierto. Mira asustada a la ventana, al exterior; fuera solo hay oscuridad, él aguarda. Ella se lo piensa unos segundos, da tres pasos, se pone de rodillas frente a él; él se afloja el albornoz, ella baja la cabeza.

Yo aprovecho, me coloco los guantes negros y me dispongo a preparar mi arma. El arco compuesto es un tipo de arco avanzado que utiliza poleas y palas rígidas en lugar de las que se doblan para producir la fuerza del disparo. Hoy he elegido algo que tenía muchas ganas de usar; llevo todo el año practicando. Es un arco precioso, y las saetas, las flechas, son especiales para la caza del jabalí; sin duda he elegido muy bien la forma de muerte de semejante marrano salvaje. Coloco una flecha sobre el reposador y tenso la cuerda; las poleas giran y tensan el cable del *dioter*. Estoy preparada. Dejé dos venablos más, expectantes, sobre el poyete.

Ella seguía entre las piernas trajinando y él miraba al techo, baboso. Observé un McLaren naranja que entraba en el hotel. Cuando volví a mirar ella había terminado y se iba rauda al baño; él se quedó sentado. La chica salió al minuto, tomó el bloque de papeles y se fue. Cuando salía me di cuenta de que era una actriz muy conocida, sí, de una serie de televisión donde ella es una detective, esa.

Entrábamos en la última fase de la pasión; él se levantaría y saldría a hacer la llamada a la terraza circular del segundo piso con la mesita y las dos sillas blancas de hierro a modo de decoración.

Mis pies iniciaron un taconeo sobre la gravilla de la terraza, un zapateao que iba *in crescendo*. Entonces se levantó con el teléfono en la mano, el hijoputa, que no era mi padre el que lo decía; ahí venía el morlaco blanco y bragado. John Watters se acercaba a su muerte y yo iba a entrar a matar, estoque en mano tenso y preparado. Seguí con el taconeo intenso, él humillado, la mano al pomo, el giro. El tipo del albornoz blanco llevaba su teléfono con intención de hacer una llamada; mis tacones sacaban chispas de los cantos sobre el suelo asfáltico. Le tenía que alcanzar antes de que la señal se emitiera; le quería desangrándose en la habitación sin que nadie se diera cuenta hasta después del paso de las horas; mi pies se detuvieron como un mazo sobre un yunque en su último golpe.

¡Zas! La primera flecha cruzó los cincuenta metros de ancho de la calle Spaldeng y se insertó en el cuello de Watters; un tiro perfecto. Él se quedó petrificado y mirando su móvil encendido. ¡Zas! La segunda saeta, directa al pecho, se clavó en su corazón y lo empujó hacia atrás; él levantó los brazos y dejó caer el teléfono. Comenzó a derrumbarse y yo no quería irme sin un tercer par de banderillas coronando a la bestia moribunda; tenía que ser rápida, iba a desaparecer de mi vista. Coloqué, tensé, apunté y solté. ¡Zas! En todo el escroto arrugado, como firma de recuerdo de todas las mujeres que hubieran querido hacer eso pero que no se atrevieron.

Tres flechas: una le dejó sin voz, otra le dejó sin corazón y la tercera le dejó sin cerebro.

nos delicadas y uñas cuidadas, que aquí en California hay una afición a las *nails* que asusta. ¿Cariñoso? Todo y más. ¿Atento? Mucho, pero bebía demasiado; cuando se ponía nervioso se metía dos *shots* de sake, licor de arroz, y caía derrotado, que ya los coreanos están *guiñaos* de por sí que cuando bebía sake los ojos de Sook eran dos puñaladas traperas; él me decía que era ver a una mujer y ¡hala todo para dentro! Yo, la segunda vez que le pasó le recomendé ir a AA.

La tercera intentona se llamaba Luis Alfonso Salvatierra, un mejicano que me presentó mi padre. «*E un pisha mu chuchero, está rebajao de una pierna pero con mucha gracia con los brazos, ole; que se mueve con más salero que Enrique El Cojo el hijoputa. ¡Qué arte! y sin amortiguadó que va el gachí*». El tal Luis Alfonso era cojo, vamos, que sentado no se notaba y a mí no me importaba, pero de pie pendulaba al andar. Fuimos a cenar a la taquería El Coyote, me acuerdo: fajitas, pozole blanco, quesadillas, mole, enchiladas y chiles en nogada. Él insistió en el cochinillo pibil; salimos de allí con un dolor de estómago que tuve que correr a casa y estar una hora sentada en el baño, uff atascada... Luis Alfonso quería agradar y pedimos el repertorio gastronómico mexicano entero; solo dejamos el caldo de camarón para otro día, lo que se llama una *jartá*. Y luego estábamos para nada, y para eso menos; que dejé a Luis Alfonso andando por la acera con una oscilación de ocho puntos sobre la escala de Ritchter.

Fue llegar a casa y elegir entre sesión de llanto, de esas que a las mujeres nos gustan tanto, que nos

ponemos cómodas, mayormente algodón, con lo más cómodo y viejo que tengamos en el armario y tapadas hasta la cabeza, sin ganas de pintarnos las uñas, tres barras de chocolate con almendras a mano y a comer compulsivamente. Aquí las americanas son más de cubo de helado de vainilla y ver *Pretty Woman* en Netflix, pero a mí me da dolor de cabeza el helado frío y Richard Gere también. Podía elegir y ponerme el traje de faralaes, agarrar las dos Sig-Sauer P-226 que tengo en el armero y practicar a ritmo flamenco; hoy elegí esto último, que la melancolía bien canalizada da mucho juego en el arte del asesinato.

Me puse de rojo y lunares blancos con cola larga, arrastrando tela, que una se viste para gustarse, me apreté fuerte la coleta, me hice un moño y me lo coroné con un clavel bermellón. Me fui al estudio, donde tenía mucho espacio y los espejos para mirarme. En el MP3 puse las sevillanas de Los Amigos de Gines. Empecé por la más famosa: «*Algo se muere en el alma cuando un amigo se va*». Agarré las dos *weapons*, y aunque las sevillanas son un baile en pareja, a mí me gusta bailarlas sola, de viuda, e imaginarme a Adam, patitieso como buen americano de Montana, que me mira ensimismado y me recuerda el día que me llevó al huerto en aquel Prius híbrido suyo, que no tenía nada de romántico pero que lo teníamos a mano para darnos un apaño. ¡Que ímpetu el de ambos!

Las sevillanas son un baile que representa una historia de amor. La primera copla es el encuentro; ella se mueve insinuante y él, pues lo típico: se mueve orbitan-